

LOS LIBROS NOS ELIGEN

Una niña tímida, soñadora y con una gran pasión por los libros.

Esa era yo a los 13.

Vivía en un pueblo de costa, muy cerca de la enorme metrópoli que es Nápoles, la gran ciudad por aquel entonces todavía desconocida para mí.

Mi vida provincial era la de cualquier adolescente en aquella época.

Durante la semana no salía del triángulo casa-cole-casa de los abuelos.

En el fin de semana ese perímetro se convertía en un polígono de cuatro lados incluyendo la casa de otro familiar (tíos, tías, primos lejanos, etc.). Un ángulo más que añadir a mi pequeño plano geométrico, que seguía siendo un espacio cerrado.

Una chica corriente, en una familia corriente, en un lugar corriente.

Los días en el cole pasaban lentos, entre las interminables clases de historia y las tediosas horas de lengua, pasando por las de matemáticas (aun hoy mi peor pesadilla).

Las emociones eran como papá Noel. Sabes que no existe, pero aún así esperas su llegada.

Por suerte, estaba ya en el último curso, el tercero de secundaria.

A pesar de estar agobiada para el examen final, que se acercaba cada vez más, albergaba en mi corazón un sentimiento de alivio y esperanza a la vez.

Sacaba siempre buenas notas, y por más que temiera ese día, sabía que de una manera u otra saldría victoriosa.

El año siguiente entraría en primero de Instituto: nuevos amigos, nuevos profesores, nuevo ambiente. Adiós niñez. Bienvenida vida adulta.

O eso pensaba yo. En mi cabeza, cruzar esa línea intangible significaba convertirme en una persona distinta, con nuevas perspectivas, con un futuro brillante que me estaba esperando.

No podía estar más equivocada.

Antes he dicho que mi vida era bastante corriente.

Si bien es cierto que pasaba la mayoría de mi tiempo estudiando o visitando a familiares, que según mi madre era algo imperioso, al que todos teníamos que someternos, no siempre era así.

A veces iba con mis padres y mi hermano a dar un paseo por la playa o en un pueblo de los alrededores a visitar alguna *sagra* (feria de interés gastronómico, normalmente al aire libre). Recuerdo que en la del *maiale paesano* (lo más parecido a una feria de embutidos ibéricos) mi hermano no quiso probar nada, empeñándose en que teníamos que irnos, porque le molestaba el olor a cerdo. Mientras yo me lo estaba pasando pipa y no perdía ocasión de probar todo cuanto se me antojaba. Además la gente, el vocerío de los vendedores, la banda de música que tocaba por la calle, me daban mucha vida. Fue lo mejor que había hecho en mucho tiempo. Hasta que se puso a llover, y tuvimos que volver a casa corriendo. Vi como mi hermano se reía complacido.

Excepto estos escasos momentos de diversión familiar, como he dicho, mi rutina era bastante predecible.

Seguramente te estarás preguntando, querido lector, si tenía también alguna amiga del alma, alguien con quien pasar horas charlando de los chicos guapos del cole.

Bueno, he de decir que no me faltaban amigos, si los de mi clase se podían considerar como tales. Y sí tenía una amiga especial. Pero a mí no iba mucho ese rollo. En fin, tenía la edad para echarme novio, pero no estaba en el top 3 de mis prioridades. Tampoco en el puesto n.º 10.

Así que el tiempo que me ahorraba planeando mi futura vida de casada con hijos antes de los 25, lo dedicaba a leer. No tenía muchos libros, y la mayoría eran ediciones económicas de bolsillo, o incluso de segunda y tercera mano. Pero no me importaba, para mí esos ejemplares eran mi tesoro máspreciado.

Nadie más leía en casa, quiero decir, leer novelas o clásicos de la literatura universal.

Mi madre cumplía con el perfil de ama de casa y estaba enganchadísima a las revistas del corazón o de punto y gancho. Mi padre solía echar un ojo a al periódico local. Y mi hermano.....bueno, mejor echamos un tupido velo.

Como consecuencia de eso, sentía que una enorme responsabilidad pesaba en mis hombros. Alguien tenía que asumirla, y quien mejor que yo podía encargarse.

Me había propuesto yo sola elevar la tasa de libros leídos del país, que en la década de los '90 iba de capa caída debido al creciente interés hacia el cine o la tele, dejando la cultura en último lugar.

Eso no podía ser, si seguíamos así, ¿adónde podríamos acabar?

Como todavía no trabajaba, no disponía de mucho dinero para comprar todos los libros que quería. Pero de vez en cuando le sacaba algo a mi abuelo por algún recado que hacía para él.

Con mis exiguos ahorros, cada dos o tres semanas iba a una librería antigua que estaba a un par de manzanas de mi calle, y compraba un libro.

Para mí era como entrar en un templo sagrado. El dueño, un hombre mayor y encorvado por el duro trabajo de tantos años, me parecía el guardián de una Orden medieval que custodiaba un secreto milenario. Sólo los valientes se le podían acercar. Y yo, que además era una chica, lo era por partida doble.

Una tarde, en una de mis visitas a *Ricordi perduti* (así se llama la librería), recuerdo que no podía decidirme entre dos libros. Uno era *Il nome della rosa*, del que tanto había oído hablar, y otro era *El retrato de Dorian Gray*, un título sin duda muy sugerente.

- Deja que sea el libro que te elija a ti, y no al revés. - me dijo una voz desde la penumbra.

- Ya, pero ¿cómo sabré si es el correcto? ¿Y si luego no me gusta? - contesté yo timidamente.

- Lo sabrás, nada más tocarlo. Si salta la chispa, se crea un vínculo. Nunca falla. -

Por lo que sabía, el señor Fazio no se equivocaba nunca. Hasta ahora me había aconsejado siempre con sabiduría sobre mis lecturas. Pero esta vez era distinto, me estaba hablando de algo sobrenatural, casi mágico. Le hice caso y mientras avanzaba por las estanterías pasando la punta del dedo por las hileras de libros de varios tamaños y colores, hubo un instante en que sentí un

escalofrío, como una corriente eléctrica que me atravesaba todo el cuerpo, desde la punta del pelo hasta el dedo gordo del pie. Ahí estaba, un libro tan pequeño que casi se perdía entre los tomos enormes que le rodeaban. No parecía pertenecer a la sección de grandes novelas históricas ni de relatos policíacos. Estaba perdido en medio de un centenar de volúmenes antiguos y modernos. Esperando a que alguien le rescatara de su soledad.

- ¡Me lo llevo! ¿Cuánto cuesta? - exclamé exultante dando pequeños saltos.

- Nada, tranquila. Es tuyo si lo quieres. - contestó el viejo librero, esbozando una sonrisa.

- Muchas gracias señor Fazio, no sé cómo agradeceré. - repliqué yo.

- Trátalo con respeto, cuida de él y procura no perderlo nunca. - dijo, haciendo un gesto de reverencia y saludo a la vez.

- Así lo haré. Está en buenas manos. -

Salí de la tienda tan feliz como si me hubiera tocado la lotería, canturreando algo sin sentido.

De vuelta a casa, me fui directa a mi habitación, y puse un cartel en la puerta para que nadie me molestara: “Estoy leyendo, por favor, no entren. Gracias”.

El libro que tenía en mis manos era de verdad muy pequeño. Acostumbrada a narraciones más prolíficas, me preguntaba si sería una historia interesante. Por segunda vez, no podía estar más equivocada.

Un piloto francés, que descubro en las siguientes páginas se trata del mismo autor, mientras intenta reparar su avión averiado en medio del Sahara, encuentra a un pequeño príncipe proveniente del asteroide B612, que le pide insistentemente que le dibuje un cordero. Y aquí va una ilustración, también hecha por el escritor.

A medida que sigo leyendo, al igual que el piloto, empiezo a descubrir la fascinante historia del principito, que comienza en su asteroide, donde vive con tres volcanes, y se entretiene en arrancar las malas hierbas y ver puestas de sol. Un buen día él decide abandonar su casa y emprender un viaje por el universo en busca de un amigo. En la travesía, que le llevará a visitar varios planetas donde conocerá a un grupo de excéntricos personajes, aprenderá lo extraño que es el mundo de los adultos, tan ocupados siempre en asuntos serios e importantes, que se olvidan de disfrutar de la vida. Su viaje le lleva hasta la Tierra. Será allí donde encontrará al piloto, quien entenderá que el principito no es más que la proyección de su parte infantil, basada en la importancia de la amistad y el valor del amor. Será la decepción que le causa el mundo de los adultos lo que motivará al principito a regresar a su asteroide.

“Si entonces un niño llega hacia vosotros, si ríe, si tiene cabellos de oro, si no responde cuando se le interroga, adivinaréis quién es. ¡Sed amables entonces! No me dejéis tan triste. Escribidme en seguida, decidme que el principito ha vuelto”.

Acabo el libro.

Me quedo pasmada.

Nunca imaginé que algo tan breve pudiera ser tan intenso y lleno de significado. El libro reboza de imaginación y al mismo tiempo es tan auténtico como la vida misma.

Me siento identificada con el autor, a pesar de ser todavía muy joven, comparto sus inquietudes. Yo también como él sé lo que quiere decir sentirse solos.

¿Acaso no andamos a veces perdidos en medio del desierto esperando a algo o alguien que nos rescate?

¿Y entonces qué es lo que más nos reconforta en la vida si no contar con un amigo verdadero?

Los años fueron pasando. De repente, ya no tenía 13 años.

Acabé el instituto, fui a la Universidad. Me convertí en la adulta que tanto había anhelado ser.

Conocí a muchas personas, hice nuevos amigos. Pero seguía en el mismo barrio, en la misma ciudad.

Y un día, volviendo a leer ese libro pequeñito, supe que ese ya no era mi sitio.

Quise emprender mi propio viaje en búsqueda de un asteroide donde pudiera sentirme de verdad en casa. Después de dar muchas vueltas, llegué a un lugar donde el aire olía a azahar, la tierra daba frutos sabrosos y la luz del sol inundaba todo cuanto tocaba.

Hoy, después de más de 20 años, entiendo mejor lo que el librero quiso decirme aquella tarde.

Cuando salta la chispa con un libro, es el de tu vida.

A pesar de los años, El Principito sigue acompañandome.

Y cada vez que lo leo, aprendo algo que no sabía antes.

Todas las personas grandes han sido niños, pero pocos lo recuerdan.

Yo gracias a este libro, no lo olvido nunca.

Y tú tampoco, querido lector, deberías hacerlo.